



LA FAGEDA D'EN JORDÀ, UN BOSQUE MISTERIOSO

ESTE BOSQUE, SITUADO EN LA COMARCA DE LA GARROTXA, ES UNO DE LOS MÁS BELLOS Y MISTERIOSOS DE CATALUÑA. JOAN MARAGALL, POETA INSIGNE DE PRINCIPIOS DE SIGLO, LO INMORTALIZÓ EN UNOS VERSOS QUE, AL ENTRAR EN EL HAYAL, PUEDEN LEER LOS VISITANTES QUE SE ADENTRAN POR SUS SILENCIOSOS CAMINOS.

RICARD CREUS ESCRITOR

Un lugar verde y profundo/ como nunca hayas encontrado otro en el mundo:/ un verde como de aguas adentro, profundo y claro;/ el verde de la Fageda d'en Jordà. El fresco verde de verano en el hayal, el verde mörbido y anímico, tan bien descrito por Joan Maragall. Pero la magia de este poetizado bosque de hayas no se limita a los meses de la canícula, el tiempo en que la inmortalizó nuestro estimado poeta. La Fageda d'en Jordà es un reloj eterno, un desfile de colores vivientes que matiza y marca todas las horas de las cuatro estaciones del año, del día y de la noche, y las horas de lluvia, de viento o de nieve.

En verano, sin embargo, Maragall canta: *El caminante, cuando entra en este lugar, empieza a caminar despacio: / cuenta sus pasos en la gran quietud/ se detiene y no oye nada, y está perdido. / Le asalta un dulce olvido de todo el mundo/ en el silencio de este lugar profundo/ y no piensa en salir, o piensa en vano: / es preso de la Fageda d'en Jordà, / prisionero del silencio y del verdor. / ¡Oh compañía! ¡Oh liberadora prisión!* En invierno, el caminante ya no puede penetrar *aguas adentro* porque las hojas que estancaban la luz ya han caído y se ha perdido todo tipo de verde, a no ser los que permanecen encharcados en los musgos que visten las rocas, como si fueran blandos almohadones sobre un lecho cubierto de hojas marchitas, rojizas, envejecidas y embellecidas; el caminante, pues, ahora ya no puede flotar entre

verdes profundos, pero en días de sol puede pasear por entre los esbeltos troncos, pelados como tallos, que, arrogantes, rayan el cielo y, con sus largas sombras, rayan al mismo tiempo el suelo tapizado de colores quemados. Entre raya y raya, también quedará maravillosamente aprisionado y podrá seguir meditando tanta paz, acompañado por los pájaros que, a pleno sol y sin la oscuridad del espesor de los ramajes, ahora sí se arriesgan a descender y picotear los musgos y los hayucos –los frutos de las hayas, que también comen algunos niños y aquellos que recuerdan la infancia– y se acercan a hacer compañía al visitante solitario.

En primavera, antes de que los botones empiecen a hincharse –la primavera en el hayal es muy tardía– y cuando las únicas hojas del bosque son las que, tostadas, crujen bajo los pies del caminante, nace un humilde sotobosque, tan delicioso como efímero: la nemorosa. Entre el humus de hojas de cobre nacen esquinas de matitas bajas, de un verde quebradizo, que se llenan de anemonas blancas o ligeramente violadas. Los helechos, casi el único sotobosque que permite el *lugar verde y profundo*, también empezarán a rebotar y entonces las hayas se llenarán de hojitas de un verde tierno, como cristales. Tomarán cuerpo hasta conseguir tamizar la claridad mágica y profunda *del verde del hayal de Jordà*, un verde tan emblemático en los versos de Maragall, que no me atrevo a añadir nada.

Pero el reloj del año sigue renovando los colores y llega el otoño y todas las hojas se encienden. Cobres y encarnados engalanán los árboles y el suelo. Y tantos colores quemados llevan la mente del caminante a tiempos muy pasados, cuando todavía en el mundo no existían ni el hombre ni los árboles y este lugar era un mar de fuego. Nuestro hayal ha crecido sobre el lecho de lava del volcán Crosscat, río candente recluido por la sierra del Corb, y las tierras negras o tostadas son las gredas de las coladas volcánicas, con todas las prominencias y depresiones producidas por su flujo, como ondulaciones mortecinas de fondo marino.

Este suelo poroso y húmedo, rico en minerales, nos ha dado esta especie de milagro: un bosque singular nada mediterráneo, el hayal de menor altitud sobre el nivel del mar en latitudes tan meridionales, un bosque de cuento de hadas, donde parece que todavía respiren los druidas. Un bosque donde, en verano, te parece flotar por las palabras del poeta, en *un verde como de aguas adentro*, sumergido entre dos aguas –las visuales y las del pensamiento–, entre verdes lozanos y chispas de fuego soterrado. *¿Sabes dónde está la Fageda d'en Jordà? / Si pasas cerca de Olot, sobre el llano, / encontrarás un paraje verde y profundo/ como nunca hayas encontrado en el mundo...* Autóctonos y forasteros se quedan fascinados y, unos y otros, si tenemos alma de caminante, nos sentimos enamorados y prisioneros. *¡Oh compañía! ¡Oh liberadora prisión!*